

PACO IGNACIO TAIBO II

Retornamos como sombras



*Vengo, voy, retrocedo, avanzo loco
mientras pretendo retener a puño
la sombra de la sombra de un olvido.*

PEDRO GARFIAS

*Hacía mucho tiempo que se había decidido que
yo sólo podía superar mi ignorancia aprendiendo
por mi cuenta.*

ERNEST HEMINGWAY, *Al romper el alba*

*Alma robusta en penas se examina,
y trabajos ansiosos y mortales
cargan, mas no derriban nobles cuellos.*

FRANCISCO DE QUEVEDO

Retornamos como sombras es la secuela de *Sombra de la sombra*. Si el lector es tan irreverente como yo, puede leerlas en el orden que quiera.

Inicié este libro en el 85. Se trabó muchas veces. Estaba pensado como una novela dumasiana, que recogiera historias veinte años después-de, un homenaje al maestro de todos nosotros y un retorno a viejos personajes. Pero el carácter de Dumas contagió a la escritura. Pasaron cerca de diez años en que sólo avanzaba en notas sueltas. Cuando reiniciaba en el 96, me llegó la noticia de un terrible accidente en el que se había lesionado de gravedad el director teatral Guillermo Cabello. Escribí esperando que se repusiera y que fuera capaz de volver a llevar al teatro estos personajes que tan bien entendió y amó en la primera puesta en escena de *Sombra de la sombra*. Guillermo no pudo sobrevivir al accidente. Para él y en su memoria este libro, así como para mi amigo Javier González Garza, un sorprendente hemingüeyano.

No sobra decir que aunque por esta narración pasean multitud de personajes reales, de esos que suelen llamarse históricos, se trata de una novela y sus historias pertenecen por tanto absolutamente al territorio de la ficción.

Una nota al fin del libro da información sobre fuentes informativas, trucos y transgresiones a la historia-historia. Aunque tengo sospechas de que eso que llamamos «la verdad» sea algo más huido y sutil que el registro histórico.

Primera sección

Personajes y cruces

1 Interrupciones e irrupciones

3) Jilgueros, gorriones y estorninos. Había muchos pájaros: palomas y tórtolas, golondrinas y mirlos. Libres y presos. Se dejaban ver montones de canarios en decenas de pequeñas jaulas apiladas sobre las espaldas de un vendedor; incluso un zopilote aburrido haciendo círculos en el cielo terriblemente azul más allá de las azoteas. Paradójicamente y huyendo de los lugares comunes, eran pájaros tristes y silenciosos. ¿Final de la primavera?

4) Ergoypués, en 1941 la embajada de la Alemania nazi se encontraba ubicada en la ciudad de México, en las calles de Hamburgo e Insurgentes, y había, a un lado de la reja verde, en el muro de piedra añosa, musgoso y repleto de hormigas diminutas que recorrían insomnes las paredes (¿a qué chingadas horas duermen las hormigas?), una placa con el águila, agresiva y distante, pedante y ramplona, que sostenía con las garras un escudo en el que en relieve aparecía la enorme svástica.

4) Anexo al cuarto: esto no es lo interesante; de águilas, bronces, placas y demás parafernalia está el fascismo repleto a escala universal, sus símbolos rascuaches rellenan nuestros ojos, sus desfiles de antorchas y sus niños militarizados queman nuestras pupilas; lo verdaderamente trascendente es que esa placa se limpiaba invariablemente todas las mañanas con pulidor de metales e incluso a veces con cera. El pulidor era marca limcream, la cera no tenía marca alguna.

4) Obligadamente anexo al anexo del cuarto: una historia, esta historia, se inicia cuando Faustino, un mozo a sueldo de la embajada, cuya función en la burocracia germana comenzaba mañana tras mañana con el mismo ritual: pulir la placa, la descubre llena de escupitajos. ¿Qué sabemos del tipo? Poco. ¿Queremos saber algo, fuera de que viste un overol azul oscuro y gorra de plato de tela gris? Quizá. Faustino es un personaje que tiene doble vida. Mientras trabaja en las mañanas en la embajada ale-

mana como mozo, en las tardes es el rey de los reyes del danzón en el Salón Colonial. Ese es su verdadero mundo, lleno de giros, recortes, bailes en un espacio que se mide escrupulosamente con un ladrillo, donde sus zapatos de charol blanco y los tacones de aguja de su ocasional pareja dibujan miniatúricas filigranas al sonido de la trompeta. Lleva tres meses en un concurso convocado por la estación XEQ y ha superado eliminatoria tras eliminatoria, avanzando con furor hacia el merecido final. Todo esto es esencial para brebajes posteriores. El caso es que aquella mañana, cuando empieza a limpiar la placa con un trapo, siente que alguien lo está mirando.

5) Cambiamos de punto de vista, lo que implica un giro más que literario, de alteración de perspectiva. Un personaje al que le gustaría llamarse Mark Twain, lo está observando desde el otro lado de la acera: mirada miope e implacable.

5a) Mark Twain no es Mark Twain. Es alguien que vive con dos desfortunas y un impedimento. Los estigmas que carga desde su infancia son: una calvicie pertinaz que lo hace rejego y reacio a los potentes soles de abril de la ciudad de México y un nombre ridículo, Pioquinto Manterola, que provoca que en el más secreto arcón de sus recónditas pasiones, donde hacen nido y telaraña las arañitas de los sueños ocultos, quisiera llamarse como el escritor norteamericano. El impedimento es que por más que muchas veces lo ha tratado, no sólo no es capaz de escribir en las mañanas, sino que es incapaz de escribir una novela. Más incapaz aún de irse a un juzgado y cambiarse de nombre.

Bien, pues Mark Manterola o Pioquinto Twain contempla a Faustino esmerarse en el pulido de la placa, quitando los alevo-sos y nocturnos escupitajos que el mismo periodista ha lanzado horas antes, porque la escupida del águila svástica ha sido de su autoría.

Manterola viene de una noche de farra y va hacia las oficinas de la recién creada agencia de prensa UPI (donde no trabaja) y sin haber dormido. Viene pensando en tonterías, como por ejemplo, en el peso exacto de un lingote de plata *sterling*.

6) Aunque Manterola no lo sabe, uno de «aquellos» lingotes de plata *sterling* pesaba casi un kilo, ochocientos ochenta gramos, para ser precisos, cantidad arbitraria producto de un molde que un burócrata estalinista había decidido como standard. Y la plata en el cambio de clima varía muy poco su peso, o sea que eso seguirán pensando si aún existen. En cuanto a esto de los gramos, por más que lo intentemos, las unidades de pesas y me-

didadas celosamente guardadas en París y ahora custodiadas por ejércitos hitlerianos, no menguan ni crecen. De cualquier manera el lingote, casi sin querer nos lleva a La Habana:

7) Kowalski ha salido de una oficina informal de la Anglo-Caribbean Steamship Co. ubicada en el tercer piso del Hotel de Ambos Mundos, en las estribaciones de esa parte colonial de la capital cubana, que sus vecinos llaman Habana Vieja, y en el Malecón medita, con la mirada perdida en un punto lejano, más allá del faro del Morro, cómo esconder mejor ochenta y tres lingotes de legítima plata *sterling*, que ha metido de contrabando en Cuba y que ahora tiene apilados cuidadosamente bajo la cama, después de haberlos sacado de un *steamer* sueco del habanero Muelle de la Machina la noche anterior.

9) Me llaman a comer. No tengo opción sobre el menú que la señora gordita ha diseñado. Me resigno. Aunque pienso que poca literatura puede haber sin libertad. Azares del destino.

¿Pero estamos de acuerdo?

Sí. Personajes, por ahora, tres. Recapitulemos: Faustino, Manterola y Stanley Kowalski. Todavía faltan. Es más, faltan algunos que serán esenciales, intensos, inmensos, los únicos; cuatro de aquellos que devendrán los cinco jugadores de póquer. Nosotros, carajo.

2 Un gramófono en la selva

Esta pared de verdes que avanzan sobre uno, es la única verdad, es la muerte de los poros obturados por verdes esmeraldas, verdes cenizas, verdes quemados, verdes orientales y húmedos, amorosos verdes manzana y verde yerba, verdes bandera y agresivos verdes que recuerdan a los limones del Golfo y el Caribe. Marañas de plantas que no son plantas ya, sino restos comidos por otras especies más fuertes, antropófagas de ellas y de ti, que te hurtan el sol, caen encima desgarrando la piel. Podredumbre y calor. Infierno coloreado. ¿No era el infierno en blanco y negro, como en las películas? ¿No es la única selva de verdad la del cine? Un poeta mestizo de francés una vez te dijo en Hong Kong que los esquimales tenían once palabras para «blanco» y una tribu amazónica 1036 para «verde». El mestizo se había quedado muerto: amable, simpático, sonriente, con una pequeña perforación en la frente, una bala de pequeño calibre lo había alcanzado cuando saltaba la barricada, tan sólo un desgarre de esquivarla al rojo vivo bajo la boina negra, un anacronismo para recordarse que una vez había visto París. De la herida salía humo, como si la muerte fumara.

Tomás Wong, chino espurio nacido en Mazatlán, Sinaloa, impulsaba el bulldozer sobre la selva queriendo arrasar, comerse, destruir, la vegetación que se cerraba de nuevo tras su paso. La brecha era mayor, al pasar el tractor humeando quemazón de petróleo negro por su pequeña chimenea lateral, que instantes después. Las plantas recobraban su lugar. El Chino peleaba contra las enormes raíces de los árboles como si le fuera la vida en el combate. Encabronado. Enfurruñado; gruñendo en cada encontronazo contra la vegetación tropical.

Medio centenar de metros tras la máquina, la punta de la brigada completaba el trabajo de desbrozar machete en mano. La tarde, o algo así, sombras en la selva más o menos, había

venido cayendo sobre el grupo y las manchas de sudor de las camisas se habían tornado en una mancha uniforme y única que oscurecía la tela kaki; los mosquitos olían ese sudor ácido y venían a comer; algo les resultaba atractivo del cuerpo del chino flaco y en bandadas buscaban las partes descubiertas de su piel.

—Ta' loco ese pinche chale. Lo quiere hacer él solo —dijo uno de los peones—. ¿Le paga más a ese pinche loco, jefe?

El ingeniero sonrió.

—Déjalo, Anselmo, está peleando con el mundo... Mejor que se desquite con la selva que nos ande tocando los tompiates a nosotros. Total, traemos dos días de adelanto con la brecha.

Luego contempló el enorme bulldozer amarillo cuya pala delantera embatía contra los árboles. Se encontraban en un pequeño claro de la selva.

—Hasta aquí. ¡Media hora para el café! —gritó el ingeniero dejando caer al suelo la carpeta que traía bajo el brazo.

Tomás Wong simuló que no había oído y continuó con la primera velocidad metida, tratando de alzar las enormes raíces de un mangle. La cuadrilla empezó a desempacar la carga de los mulos. Un grupo comenzó morosamente a reunir ramas secas para preparar una hoguera en la que hacer café.

Tomás, a unos setenta metros, proseguía impulsando su máquina contra árboles y arbustos. Parecía un asunto absolutamente personal su combate contra la vegetación. Los hombres de la brigada, mientras tanto, comenzaron a dejarse caer en el suelo buscando sombra o cobijo.

Tomás finalmente detuvo el bulldozer, el motor se apagó con un eco quejumbroso. El silencio invadió de repente a la selva. Sólo un instante, luego se escucharon los cantos de algunos pájaros y el chillido de una pareja de monos sobre las ramas más altas de un árbol. Tomás descendió de la máquina saltando desde la cabina. Al llegar al suelo dirigió una casual mirada hacia los peones que montaban el campamento y encendió un águila sin filtro. El humo ahuyentó a los mosquitos de su rostro.

Tenía una cara curtida, trabajada una y otra vez por el frío y el sol, por la soledad, las borracheras, las noches llenas de pesadillas, los golpes. Un rostro de mendigo esbozado por Leonardo Da Vinci, si el Mago hubiera pintado alguna vez a un chino. Una cara llena de ángulos y coronada por una mata de pelo negro muy corto y espeso, una barba de dos semanas cerraba el rostro sobre unos ojos muy negros que miraban con rabia.

Tomás avanzó hacia el interior de la selva sin detenerse a contemplar a sus compañeros, siguiendo la dirección hacia la que apuntaba el morro de su bulldozer amarillo. Caminó unos cien metros, quizá doscientos. Había ingresado en otro mundo. Dio un último toque a su cigarrillo y comenzó a orinar. Dirigía el chorro contra la base de los árboles, contra las costras de musgo pegadas al tronco.

La música llegó a sus oídos en el momento en que dejó de mear. Muy suave, sin precisión. Tomás alzó la cabeza tratando de orientarse y luego caminó alejándose aún más del campamento, dejando atrás a sus compañeros de la brigada de construcción de carreteras con los que había estado trabajando los últimos meses.

La música se iba perfilando, tenía un toque marcial, un algo de marcha militar que lo inquietaba. Conforme iba reconociendo los acordes, el desconcierto que lo había dominado unos segundos antes se fue trocando en angustia. La música traía las emociones a su rostro como un maremoto, una oleada de recuerdos ácidos en los que había también miedo.

Repentinamente la espesa vegetación se abrió a un pequeño claro, indiscutiblemente producido por la mano del hombre; luego más allá, una larga ruptura en la selva como de unos cuarenta metros de ancho, que se convertía en una cicatriz recta de unos trescientos cincuenta metros.

Tomás se dejó caer al suelo mientras trataba de identificar de dónde venía la música. No era música amiga. Al final del hueco abierto en el bosque tropical, en un recodo, había una pequeña caseta de madera. En torno a ella un grupo de unos veinte hombres con uniformes pardos desfilaban militarmente dando vueltas alrededor de una mesita donde un gramófono de cuerda hacía sonar el *Deutschland Über alles*. Eran sin duda aquellos uniformes marrón claro repletos de adornos y correajes que había visto tantas veces en Hamburgo y en Kiel atacando los locales sindicales, golpeando a sus amigos portuarios. Imágenes de fotos de desfiles repasadas en las revistas alemanas que era lo único que se podía leer en un carguero holandés en el que había pasado un par de meses. Camisas pardas nacionalsocialistas. ¿No los había disuelto Hitler en Alemania para dar paso a los SS?

Tomás sintió cómo un bloque de hielo se desplazaba por su espalda cubierta de sudor, raspando, hiriendo. Los ojos se envidriaron. Lentamente se puso de pie y retrocedió. Luego comenzó a correr por la selva rumbo a su campamento. No trató

de orientarse, simplemente lanzó su cuerpo hacia adelante, recibiendo en la cara los golpes de las ramas y las lianas.

Cinco minutos después, los hombres de la brigada que comen- zaban a servirse el café lo vieron irrumpir en el campamento. La sangre brotaba de un par de pequeñas heridas en la frente, tenía el rostro desencajado.

—¿Pasa algo, Tomás? —preguntó el ingeniero levantándose.

—¿Y al pinche chino quién le sacó el diablo del cuerpo? —preguntó un peón tratando de bromear.

Tomás pasó a su lado sin mirarlos y caminó hasta la parte trasera del bulldozer, sacó su mochila y comenzó a rebuscar en ella. Volaban por el aire libros de poesía, camisas sucias, unos prismáticos, media docena de cartas escritas y nunca enviadas.

—Vio una serpiente, eso fue.

—No, vio a un espanto.

—Se quiere echar a alguien. Tiene cara de muerte.

Tomás, confirmando lo que acababa de decir uno de los peones, comenzó a desenvolver una pistola sacada de la mochila y cubierta por un lienzo blanco. La pistola había estado allí mucho tiempo, pero estaba engrasada y relucía al sol.

—¿Qué pasa, Tomás, a poco no tuvo bastante guerra allá en su tierra? —le preguntó el ingeniero sonriéndole mientras se le acercaba. Tomás lo detuvo con un gesto de la mano vacía mientras con la otra levantaba el percutor.

Los peones comenzaron a arremolinarse. Trataban de cerrar- le el paso de regreso a la selva.

—Tranquilo, cuate —dijo uno de ellos tendiendo la mano para que Tomás le diera el arma.

El Chino los hizo a un lado mostrándoles el cañón de la pistola y cruzó el pasillo que el gesto había producido. Sonrien- do. Por primera vez en aquellas semanas que había pasado en la selva chiapaneca construyendo la carretera Panamericana, son- riendo.

3 Interrupciones e irrupciones

1) ¿Por qué la vida no le sonreía al gallego Bastían Alamedas? Era un problema de amores cabrones, sin finura alguna. Desgarrados amores ya inexistentes que le volvían a la memoria y lo hacían llorar de rabia y lesionarse brutalmente asestando tremendos cabezazos contra las paredes. Yo le explicaba que esa mujer no merecía tantas tristezas vapuleadas, tanta sangre y heridas, que ninguna mujer en mi experiencia merecía el antiamor de la violencia y el sufrimiento. Ponía en los raciocinios mis mejores dotes de convicción, pero él respondía:

—¿Cuál mujer?

2) Las cosas deben ser más o menos como las cuento. A veces sin embargo se me olvidan detalles. ¿Cuántos periódicos había en la ciudad de México en esos días? *El Universal*, *Excelsior*, *El Popular*. Pero *El Demócrata* ya no estaba, ni *El Herald*. Habría que añadir los jóvenes diarios *La Prensa* y *Novedades* y estaba el triste y oficial *Nacional*. ¿Para qué podía una ciudad analfabeta como ésta querer tantos periódicos? Para ver los dibujitos y las fotos, para interpretar los anuncios de tónicos de calvicie e intuir las nalgas de las rumberas.

Pero hay más preguntas: ¿Cómo se llamaba la tienda de ropa de caballero en Mesones? ¿De qué color tenía los ojos la rubia? ¿Cómo iría vestido el Chino aquella tarde?

La reclusión hace que todo se aleje, incluso la memoria inmediata se aleja. Lo sucedido hace unos segundos es distante. Todo el pasado es irreal. Sólo vienen nítidas a la memoria remembranzas, evocaciones: los primeros pantalones largos, los ojos alucinados de los zapatistas a caballo entrando en la ciudad, la inundación de la escuela preparatoria y la mezcla de asombro y placer que nos causaba ver los desagües botando agua en lugar de tragarla, el beso robado a una sirvienta, un navajazo en la piel que se siente sólo cuando la navaja ha salido y tu heridor

y tú mismo contemplan con estupor la sangre que han causado. Lo sucedido en los últimos años tiene un tufillo a vieja historia, retorno de eternidades, irrealidad. Son reales, ¿lo son?, las ventanillas enrejadas, mi mente enrejada entre estas paredes acolchadas, mis falsos recuerdos, mis verdaderos recuerdos, esta historia. ¿Sólo las verdades esenciales son reales? ¿O son ellas acaso las mayores mentiras?

3) Bien, ¿qué pasó con Kowalski? Probablemente nada. O quizá muchas cosas, pero éstas sucederían mucho más tarde. De cualquier manera, en beneficio de la precisión informativa habría que decir que Kowalski tenía una tremenda gripe y se la estaba curando al modo marinero, con putas.

Dejemos por ahora a Kowalski postrado en su cama del cuarto 202 del Hotel de Ambos Mundos, reponiéndose de los azares del sexo en ese hotel de marineros y contrabandistas, agentes de seguros y vendedores de resguardos, protecciones mágicas y pociones de amor.

Un último elemento. Desde hace un rato está intentando volver a la lectura de una novela de Ernest Hemingway, *Más allá del río y entre los árboles*. Por cierto...

4 Labores de poeta

El hombre de pelo rizado y elegantemente alborotado, vestido con un traje de lino de tres piezas color almendra, salió del Hotel Del Prado, giró la vista discretamente para verificar que nadie lo seguía; se sintió seguro y comenzó a caminar.

Pero, o era muy listo o muy pendejo, porque evidentemente sí lo seguían; además, los que no tienen muertos en el clóset no verifican si los andan siguiendo, se dijo el perseguidor Poeta. El tipo aceleró con un paso marcial; no se paseaba así en aquellos años por la ciudad de México, pensó el Poeta sonándose estruendosamente y abandonando la columna tras la que había estado cubierto, bordeando el incógnito y el ridículo.

Estaba pensando como si fuera en voz baja. Casi podía oír sus pensamientos. Mucha vida en solitario lo volvía a uno chiflado, se dijo el perseguidor nuevamente.

Una andanada de estornudos estuvo a punto de deshacerlo, de quebrarlo físicamente, de descoyuntar su ya de por sí frágil anatomía. Era difícil navegar con una ciudad como ésta desequilibrado por la existencia de un solo brazo. No se podían balancear los remos cuando se agarra carrerita siendo manco. Y menos, manco y acatarrado.

El agente alemán, el Poeta estaba seguro de que eso era, prosiguió por avenida Juárez curioseando en las vidrieras de una tienda de lámparas, buscando el reflejo de sus perseguidores. El Poeta mantuvo los cincuenta metros que le había dado de ventaja. Total, si se ponía a correr siempre podía dejarlo perderse.

Cuando nada se busca es cuando todo se encuentra.

Cruzó la calle para mantener una presencia más inocente, errante Poeta manco paseando por la Alameda. Las muchachas en el parque tenían vestidos floreados que la brisa alegraba; escotes generosos, peinados coquetos, gasas voladoras que recatadas controlaban para cubrir pantorrillas que no solían recibir el sol.

«Todas son de ellas, ninguna es mía; castigos de impenitentes solterías», se dijo el Poeta rimando por costumbre, pareando la realidad.

El hombre del traje almendra caminaba de forma extraña, el Poeta lo observó de nuevo mientras apretaba el paso. ¿Qué hacía? ¿Iba evadiendo pisar las rayas de las baldosas de la acera? ¿Era eso? Rehuyendo las juntas de los mosaicos, evitando pisar su propia sombra. Un juego infantil sorprendente en un adulto elegante. Fuera de lugar en un agente secreto. Absurdo. El hombre dio un saltito al llegar a la calle Iturbide y cruzó rápidamente.

El Poeta atravesó la avenida Juárez arriesgándose a ser atropellado por dos ciclistas y tomando nota de una nubecilla de mariposas blancas que revoloteaban en torno a un vendedor de alegrías.

La princesa azteca tiene razón, me persiguen los insectos. Las moscas me circundan, las cucarachas rondan las patas de mi cama. Y ahora estas pinches mariposas quieren de mí, pensó el Poeta evadiendo el enjambre de animalitos de alas blancas que había abandonado las alegrías para seguirlo, y apartando algunas, las más necias y reacias, con un manotazo.

El hombre del traje color almendra entró en una juguetería llamada falazmente «El mundo infantil». El Poeta encendió un supremo extra del número cinco, que había reservado para el momento en que tuviera que despistar potentemente. Ningún perseguidor fuma puros dominicanos de marca y dos pesos de coste.

Escapándose de los reflejos del sol, que le ocultaban a medias al personaje, el Poeta observó cómo ante la enorme maqueta de un tren eléctrico (el tren llegaba a la estación en ese momento) el hombre del traje almendra extendía la mano para saludar a otro hombre que se despojaba para ello de unos guantes de cabritilla. El Poeta trató de mejorar su puesto de observador y sobre todo de alejarse de las muñecas que tenía enfrente. No quería pensar lo que dirían sus compañeros si se corría el rumor de que ahora se dedicaba a contemplar aparadores llenos de muñecas.

¿Quién era el hombre nuevo, el que vestía de negro? Espantó a las necias y tercas mariposas blancas que lo perseguían lanzándoles de lleno una nube de su supremo número cinco; varias murieron, las más terminaron por gustarse el humo del tabaco y persistieron. En ese momento tuvo un atisbo del segundo

personaje, apenas una visión fugaz, que se desvaneció devolviéndole la espalda del hombre.

El Poeta se llevó la mano a la frente, en una teatralidad que un guardián vigilante debería haber rehuido. El hombre del traje color almendra se estaba entrevistando con Georg Nicolaus. Por una vez su instinto había acertado.

Se movió de nuevo tratando de obtener a través del aparador una mejor visión del rostro del jefe de la Abwehr IV para México, Centroamérica y los Estados Unidos, pero la cara del jefe de los servicios de espionaje del ejército alemán se diluía en reflejos. Las pinches mariposas retornaron para hacerlo todo más complicado ¿Serían mariposas alemanas?

5 Interrupciones e irrupciones

2) Un niño colombiano llamado Gabriel García Márquez estaba comprando un tren eléctrico en una juguetería de la ciudad de México cuando fue atacado por una bandada, un ejército inocente de mariposas. Constató el hecho.

3) ¿Quién me dio el encargo de escribir este libro? ¿Dios? ¿El diablo? (¿Cuál va con minúscula y cuál con mayúscula?) ¿Una combinación de ambos? ¿Algún arcángel cultivado y bibliófilo? Nada de eso. Por lo que he sabido, una entidad más respetable: el azar.

Escribo pues desde mi cuarto tras los paseos vespertinos. Escribo rabiosamente, sin piedad para mi estilográfica, y les hago pensar que la crónica de hechos es novela. Que la realidad es ficción. Y la ficción como ellos creen (están absolutamente convencidos de ello) es inocente.

Porque todo el mundo sabe que las calles Isabel la Católica y Bolívar, en el centro virreinal de la ciudad de México, no hacen esquina. Y casi todo el mundo sabe que no existió el atentado de los envenenadores contra el general Francisco Múgica; y es archisabido que la zona de Soconusco en Chiapas no se parece ni remotamente a la que yo describo. Incluso es sabido que ese político mediocre y rapaz, Miguel Alemán, el primero de esta casta de licenciaditos que habrían de sustituir a los generalazos, tenía, con el siglo, cuarenta y dos años en el momento de contarse esta historia y no los cuarenta y cuatro que aquí se describen.

¿Entonces?

Todos tranquilos. No hay tragedia. Sólo ficción, les digo.

6 Cuando no se tiene nada

—Y es que no tienes nada, lo que se dice nada, amigo. Porque no hay nada. Si están más quietos que ratoncitos, ahí metidos en la embajada, todos achicados. Deja que los gringos se dediquen a perseguir fantasmas y los periódicos a inventar sonseras.

—¿Usted cree? —preguntó el Poeta encendiendo un elegante sin filtro y dejándolo reposar en la comisura de los labios, de manera que le ocultara la sonrisa, en lo que pensaba era un gesto taimado. El jefe continuó:

—Cedillo es ya pura memoria, los falangistas gachupines están todos de regreso en su tierra tragando morcillas y chorizos por ahí, por su tierra, por su pinche rancho, con su buen vinito. Los italianos ni para cantar pinche ópera sirven. Los alemanes tiraban su dinero a la basura, dándoselo a cuchos perfumados como el doctor Atl, o a la revista de Vasconcelos para que les hiciera folletitos y pendejos artículos que nadie leía... Con la expulsión de Dietrich, ya ni eso hacen. Ya ni influencia tienen en la prensa. ¿Que hay una red de espionaje alemana? Pues sí, la hay, a güevo que la hay. Pero la tenemos localizada y cuando queramos, cuando el presidente, o el señor ministro diga, le cortamos la cola y la cabeza; los madreamos y los empacamos en un barco lleno de hoyos, para que se hunda enfrente de Veracruz.

—Perdóneme que lo interrumpa, pero creo que es más serio, que no son los jueguitos de hace unos años de Arthur Dietrich con los fascistas rancheros de por acá, que esto es una red de profesionales. Nicolaus trabaja para la Abwehr IV, los servicios de información del ejército alemán, y tiene un núcleo de agentes que apenas si hemos logrado detectar. ¿Leyó usted mi informe de la semana pasada?

—No. Lo guardé en un cajón, Fermín. Si yo leyera tus informes podrían pasar por aquí cosas muy raras. Lo que sí leí es

una novela pornográfica que editó Alegrías, firmada por León Vaspatrás. Si alguien le dice al señor ministro que uno de nuestros agentes tiene dos empleos, uno en esta secretaría y otro en la editorial Alegrías, que bien que se sabe que es un membrete de la editorial Botas que ni a dirección llega, y que lo hace para ganar dinero con la pornografía, no le quiero contar lo que puede pasar a su fundillo.

—¿No cree que sería buena idea seguir investigando al grupo de Nicolaus? —dijo el Poeta evadiendo las amenazas con una sonrisa.

—Esto es México, Fermín. Tú haz como que trabajas, pero no me estés chingando. Yo nomás te dejo hacer porque el general Múgica me lo pidió de favor hace un año. Y uno tiene corazón.

El jefe levantó la vista de la novela de Azuela que estaba leyendo. El Poeta le devolvió la mirada con lo que creía eran ojos fieros. Mantuvieron el duelo unos segundos. Luego el jefe tiró su libro sobre el escritorio.

—Órale pues, sigue de necio, cabrón. Siéntese a la máquina y hágame un informe, al fin que se va a tardar las buenas horas escribiendo con una sola mano y con un dedito, y me los sigue firmando como A39 para que parezca más misterioso y la secre se haga bolas, la pobre mensa... Al fin que aquí aparecen espías chinos todo el santo día, llegan y se van, misteriosos y pendejos.

El Poeta asintió. Sí, iba a hacer su informe. Sí, a esta oficina llegaban espías chinos, y también un montón de sobres cerrados (y que olían a pavo relleno de billetes) de la embajada alemana. Pero el jefe tenía razón en una cosa: sí, tenía corazoncito, por eso cobraba no sólo de los alemanes, también de los gringos del SIS.

Se levantó de la silla pensando que así no se podía ser agente secreto, que eran verdaderas chingaderas, que en manos de qué runfla de miserables seguía estando la nación. A lo más, el contraespionaje a la mexicana era una mezcla de dejar hacer y detener sólo al que se apendejara en exceso. Al que le tocara en la misteriosa lotería en la que se había tornado en México la justicia.

—Una más —dijo el jefe apagando un bostezo. El Poeta adoptó posición de firme—. Si vuelve a usar datos que comprometan a esta secretaría en sus informes y éstos se hacen públicos, tengo instrucciones del señor secretario de cortarle los huevos.

—¿Conoce el señor secretario mis informes? —preguntó el Poeta medio inquieto. El ministro de Gobernación Miguel Alemán no era santo de su devoción.

—Afortunadamente no, pendejo. Si los conociera ya no estaríamos usted y yo aquí trabajando —dijo el jefe señalando la caja fuerte marca Robinson que estaba en una esquina del despacho, negra y resplandeciente, maligna y ominosa. Luego, Demetrio Fagoaga, jefe de los Servicios Reservados de la secretaría de Gobernación, le guiñó un ojo al Poeta, en lo que parecía por primera vez un gesto de camaradería, pero que Fermín interpretó sabiamente como un tic, similar a los que tenía el descuartizador de Londres poco antes de pasar a la acción, según le había contado una amiga puta que nunca había visto el Támesis de cerca, pero que contaba las cosas siempre de segundas buenas fuentes.

7 Interrupciones e irrupciones

6) ... no siempre un buen escritor hace un buen personaje y además, personajes con más de cincuenta años no tienen las agilitades físicas ni las ofertas pasionales, las entregas del alma o las habilidades gimnásticas que solían tener. Ni saltan bardas ni se entregan en amores imposibles. Manterola tiene cincuenta y ocho o cincuenta y nueve, algo así, en las proximidades de esa edad que dentro de un año lo hará viejo. El Chino debe tener cincuenta y uno y aunque los debe llevar a su manera engañosa e incluso correosa, los dolores de cabeza, los ecos de fiebres amarillas, no perdonan. El Poeta tendrá cincuenta y cinco años, pero ha perdido un brazo y eso lo desequilibra cuando corre. Y yo mismo rondo por los cincuenta y tres.

Para abundar en datos de esta tabla cronológica diremos que Adolf Hitler tiene cincuenta y dos, que Manuel Ávila Camacho, presidente de México, tiene cuarenta y cuatro, que el doctor Argüelles, con el que a veces converso, cuenta cincuenta y ocho años y que Ernest Hemingway, que parece estar de moda, porque casi todo el mundo anda leyendo libros suyos, tendrá en estos días cuarenta y dos, cumplirá los cuarenta y tres el 21 de julio.

En suma, que los personajes y otros ciudadanos de los que hablo tienen herrumbradas las coyunturas, viejos los músculos, derruidas las pasiones.

7) Como norma, en este mundo de mierda la sensibilidad suele tener el filo embotado. Es cierto que se muere demasiado, pero Europa está lejos. Hay una guerra. Vivimos de ecos. Los ecos no tienen filo, no sacan sangre. Los ecos viajan en nombre de la numerología, los muertos mueren por cantidades.

8) Kowalski destruye la cartera de piel que hoy le entregó un mulato, y saca del forro un papelito fino, finísimo, en el que están escritos una serie de números; abre cuidadosamente su edición en español de Hemingway y comienza a descifrar: «V»... página

44, línea 3, letra 7 de derecha a izquierda... «E»... página 82, línea 26, letra 11... «R»...

«Veracruz», lee. Ahora ya sabe qué hacer con la plata.

9) El general Francisco Múgica debió haber sido presidente de México. Era el hombre que representaba la línea de continuidad progresista de Cárdenas y si el general no hubiera metido la pata y aceptado las presiones, que bajo la lógica pendular del sistema (tantito a la izquierda, ahora toca tantito a la derecha, ¿no, mi general?) le impusieron los barones del partido gobernante, no hubiera elegido al menso de Manuel Ávila Camacho.

Total, que en 1941, Múgica era el presidente que no había sido. México es un país de desfortunas, creo recordar.

8 Los de la otra cruz

Sin embargo, Múgica, pelo rizado y gran bigote ya canoso, corta estatura que disimulaba sacando el pecho y usando botas, no tenía nostalgia de la presidencia que no había tenido, sino de la larga etapa que pasó como director del penal de las islas Marías, la única época de su vida en la que no tuvo que preocuparse de las corbatas y tuvo tiempo para leer. Ahora, como gobernador de Baja California, pasaba tres días al mes en la ciudad de México tratando con la federación y queriendo y sin querer, cual dama progresista pre revolución francesa, tenía un salón de recepciones. Recibía a conocidos, amigos, peticionarios y buscadores de oro, viejos camaradas de armas y rojos perseguidos por el fascismo internacional o el talante represor del imbécil del presidente, que querían asilo político o respiro. A esto habría que añadir una legión de agraviados, porque el país y sus meandros producían un mundo de ofensas, abusos, insultos; sobre todo contra aquellos que no podían defenderse. Eso y los locos, que no han de faltar, hacían de las audiencias de Múgica una insospechada fuente de sorpresas y conflictos. Por eso no le sorprendió, cuando al entrar en la antesala de su recámara, con su uniforme militar verdoso y sin signos de grado, tomándose una taza de café, encontró un grupo de indígenas chiapanecos. Chiapas era la antípoda mexicana de Baja California.

Tres hombres de calzón blanco, blusa bordada y sombrero cónico.

—Vinimos con el agravio que usted nos resuelva.

—Siéntense, por favor —y con un gesto le señaló a su asistente que les ofreciera café a los tres personajes, que reacios se despojaron de sus sombreros.

Los tres indígenas se dejaron caer suavemente, cual plumas inquietas, en el borde de las sillas; miraron a Múgica como si tuviera la obligación de saber lo que estaba sucediendo y ellos

no tuvieran que explicar nada. El general decidió que había que invitar a comer algo a todo el mundo y pidió al mesero que trajera panes con mermelada que luego repartió ceremoniosamente.

—Hay mucho mal por allá, por la sierra baja —dijo finalmente uno de los hombres, al que una cicatriz en la cabeza le había producido un mechón blanco en medio de un pelo negrísimo. Debería tener la misma edad que el general, pero mejores dientes, pensó Múgica recordando que entre los muchos pendientes, tenía una cita con el dentista aplazada permanentemente.

—Entran a los pueblos y secuestran niños, y matan chivos, y crucifican a los que resisten.

Múgica se llevó la mano a la frente. ¿Por qué le tocaban a él estas atrocidades? ¿Otra historia más de brutalidades y sufrimientos de este México que se negaba a salir de la barbarie?

—¿Tienen ustedes muchos conflictos de tierras con los hacendados, con las guardias blancas?

—No, éstos no son castilla. Los castilla los sabemos. Los castilla son necios y son de mucha avaricia. Pero éstos tan locos.

—Locos di aquí hasta aquí —dijo un segundo narrador señalando la frente y luego tocándose el culo para precisar.

—Locura de maldad. Pura maldad, general. No es locura inocente, general, es el maligno que los tiene en nuestras tierras. A una mujer la abrieron con cuchillo y la dejaron tirada para que la sangre se fuera por la tierra.

—No son castilla, no son los hacendados de siempre, entonces, ¿qué? —preguntó Múgica tratando de desentrañar el asunto—. Les están echando encima a sus comunidades indígenas de otra etnia. Si ustedes son tzotziles les echan encima choles. ¿Y quiénes son los instigadores, los que les causan el problema, pues?

Los enviados negaron. ¿No entendía nada el general?

—Son de los de la cruz, pues. Los que matan son los de la cruz.

—¿De qué estamos hablando? ¿Curas, religiosos? ¿Otra vez el pinche clero? ¿Enloquecieron los curas? Una rebelión de las sotanas. Ya le había dicho a Cárdenas que tarde que temprano nos iban a armar una cristiada en el sur. ¿Hablan ustedes de una congregación religiosa? ¿Han sido atacados por la Iglesia?

Uno de los indígenas se llevó las manos a la cabeza. ¿Que no había manera de explicarle al general? ¿A poco no sabía?

—No, de eso no, de los de la otra cruz.

Dos de los enviados comenzaron a hablar en lengua con el hombre del mechón blanco. Éste los frenó con un gesto de la mano y explicó con cortesía a Múgica:

—Dicen que le diga que son de los del demonio, porque traen la cruz chueca.

—¿Qué cruz? —preguntó el general Múgica.

Los tres indígenas se acercaron con la resolución de hacerse entender a la mesita del café y el hombre que fungía como portavoz se inclinó sobre ella, sacó un arrugado papel de su morral y se lo tendió al general. Múgica desenvolvió el papelito doblado en cuatro partes y descubrió sorprendido que tenía dibujada una cruz gamada.

Cuando la comisión se hubo ido con la firme promesa del gobernador de interceder ante los federales para una investigación, Múgica, con otra taza de café en la mano, la tercera de lo que iba de mañana, y un gesto de asombro en el rostro del que no podía librarse, salió al pasillo del tercer piso del hotel, para encontrarse con el huevón de su asistente, el cabo Peñaloza, limpiándose las uñas y tratando de ligar a una camarera de cofia almidonada. Sin más prólogo, cual era su costumbre, le dijo:

—Habla a Gobernación y búscame a un agente de los servicios secretos al que le dicen «el Poeta». Con discreción, Peñaloza. No quiero que nadie sepa que me voy a entrevistar con él. ¿Te acuerdas del Poeta? Un señor manco, chaparrito, que recomendamos por instrucciones de Cárdenas. Cuando lo encuentres, haz una cita con él aquí en el hotel; mejor no me aparezco por allí porque en seguida van a pensar que estoy conspirando...

»¡Peñaloza! —añadió cuando el cabo diligente bajaba hacia la recepción—. Pídeselo a la buena, no como militarote, que si ese poeta te mira fijo, a lo mejor te mata, ¿eh? O te compone un verso.

9 Interrupciones e irrupciones

Ya no llueve como antes en la ciudad de México. Poco a poco la ciudad ha ido destruyendo las rutinas de su lluvia, como si pretendiera endiablerarla. La lluvia se ha vuelto errática, imprecisa; gotea en insospechadas mañanas, llega fuera de temporada, en trombas, se hace ausente durante meses, vuelve a mitad de abril y desaparece en septiembre. La lluvia se ha vuelto una puta mierda impredecible en este año mediado del 41. La «lluvia enemiga» que cae cuando quiere y no quiere, ahora no quiere, está ausente, y yo necesito esa lluvia que canse a los personajes, los empape, les haga rumiar los huesos. Y además:

9) ¿Qué tiene que ver esa mujer con el secretario de Gobernación Miguel Alemán, quien por cierto nada tiene que ver con el revolucionario homónimo muerto años antes? Porque éste es de los licenciados, no de los de-a-caballo.

10) ¿Qué tienen ellos dos que ver a su vez con las industrias farmacéuticas mexicanas de capital alemán? ¿Qué en particular con la IG Farben?

11) ¿Qué papel juega el prostíbulo de la colonia Roma donde las chicas hacen gracias «orientales» a la clientela?

12) Y hablando de orientales. ¿Por qué Tomás Wong, sufriendo porque la línea estaba llena de eructos y ruidos de tormenta, hablará por teléfono desde Tapachula, en un futuro no muy distante, sin el acento chino que acostumbraba veinte años antes?

13) ¿De qué marca eran las galletas de animalitos que me traían a veces con el vaso de leche? ¿Es verdad que tenían retratos de Ortiz Rubio? ¿De Cárdenas? ¿De Chamberlain? ¿De Humphrey Bogart? ¿De Stalin? ¿Existieron o sólo me las imaginó, dulces, que se deshacían al primer instante de contacto con la lengua, adornadas con chochitos rojos? Para ser metidas a puñados en el vaso de leche y ver los rostros deshacerse.

10 Mirar la propia rabia

En el camino de retorno al lugar donde había visto a los camisas pardas marchando, Tomás fue moderando su rabia, o más bien, la fue trastocando en una mezcla de rabia e interés, curiosidad y furor. ¿Qué estaban haciendo aquella veintena de nazis en la selva chiapaneca? ¿Eran alemanes? ¿Había alguna organización más amplia detrás de ellos? ¿Eran una docena de jóvenes hijos de alemanes que jugaban al nazismo? ¿Las camisas pardas no eran un anacronismo? Hitler se había deshecho de ellos y de su jefe Ernst Röhm en la noche de los cuchillos largos, ya en junio del 34. Trató de recordar los rostros de los hombres que había visto marchando al ritmo del himno alemán y se dio cuenta de que sólo había visto sus uniformes. Sabía que había una comunidad alemana en Chiapas desde hacía muchos años, pero eso era, creía recordar, en la zona cafetalera, del otro lado de la sierra, a un centenar de kilómetros de allí. Si estos nazis eran parte de esa comunidad, ¿qué estaban haciendo con uniformes a tantos kilómetros de sus casas? ¿Eran mexicanos? ¿Se había creado una organización fascista mexicana que usaba la simbología nazi? Una más, aparte de camisas doradas, sinarquistas, águilas aztecas, comités antijudíos y demás basura que había surgido del fondo del país provocada por las transformaciones sociales de la época cardenista. ¿Era tan extraño a su propio país que no sabía lo que estaba pasando? ¿Se había vuelto totalmente chino?

La rabia se fue volcando hacia sí mismo. Mientras que con los cinco sentidos de los humanos, más un sexto que le había dado sobrevivir a dos revoluciones fallidas, una larga marcha y miles de persecuciones, retornaba el camino siguiendo la brecha que horas antes había abierto con el tractor.

¿Qué iba a hacer? ¿Matarlos? Tenía una pistola tokarev 7.62 de ocho balas, y creía haber visto a un poco menos de dos docenas. ¿A cuántos iba a matar? Estaban armados con reming-

ton, carabinas máuser. Trató de recordar con precisión. Uno de ellos al menos traía dos pistolas al cinto.

Chino e iluso, dijo de sí mismo. Y sonrió. Tomás Wong sonrió, por primera vez en los seis meses que llevaba desterrado del mundo, construyendo aquella carretera, que dijeran lo que dijeran los ingenieros, no iba a ninguna parte.

Regresó al campamento, se disculpó con el ingeniero, cargó dos cantimploras de agua y una muda de ropa en una pequeña mochila, guardó en ella su cuaderno de notas permanentemente en blanco y un par de libros, los nuevos lentes para leer, se colgó un machete al cinto y se despidió de la cuadrilla aceptando la jornada de media semana que le entregó el pagador. Con las últimas luces de la tarde retornó por la senda abierta a la busca de los camisas pardas.

Esa noche durmió a doscientos metros de la hoguera en torno a la cual los camisas pardas habían montado media docenas de pequeñas tiendas.

El Chino siguió durante tres días al grupo de nazis por los vericuetos de la selva, viajando siempre hacia la costa. Habían abandonado sus uniformes y vuelto a la ropa de civil y las armas largas habían sido sustituidas por escopetas. Los siguió con la distancia corta, acercándose a su campamento en las noches para tratar de pescar pedazos de conversación; dejando loma por medio en el seguimiento durante el día, adivinando la dirección de su marcha y adelantándolos. Eran alemanes. Ésa era la lengua, pero también hablaban de vez en cuando en español. Eran buenos andarines, pero despreciaban la selva, no cubrían ni enterraban su mierda, cortaban sin necesidad matas jóvenes, disparaban por placer contra conejos y pájaros, arrancaban cortezas de los árboles.

Casi todos ellos eran jóvenes, muchos hablaban de Alemania sin conocerla, sin haberla pisado nunca. Otros, los menos, habían estado en Berlín y en Munich, habían participado de los golpes de mano hitlerianos, la anexión de los Sudetes, el *Anchluss* contra Austria, uno incluso había estado en España con la legión Cóndor. Eso reconstruía Tomás de las conversaciones mal escuchadas y con su pésimo alemán de marinero.

Eran alemanes y eran mexicanos, sabían de los tamales y de las hamacas, de las fincas cafetaleras y contaban que herr Schmidt había tenido problemas para subir un piano a un segundo piso, y su mujer en el fondo quería tocar una marimba. Nazis domésticos.

Una de las noches pusieron en su gramófono la obertura de *La cabalgata de la walkirias* y el Chino, que era un wagneriano militante estuvo a punto de dejarlos a su suerte; perdonarles la vida. Pero en torno a las notas wagnerianas, que subían por las copas de los árboles tratando de sacudir hasta las últimas hojas, los nazis recordaron cómo habían matado a palos al peón levantisco de una hacienda y cómo luego lo habían dejado pudrirse a la intemperie. Y el Chino tomó de Wagner lo que ya traía dentro, la guerra y la venganza.

Fue haciendo de la rabia un objetivo concreto. Precisó sus víctimas: el gordo que se palmeaba el estómago para afirmar, el que se reía por lo bajo cuando narraba que había violado a una campesina indígena, el flaco enfermizo que miraba al cielo con cara de soñador cuando describía a sus compañeros el fervor de los desfiles berlineses de antorchas.

El no tener un rifle lo obligaría a un ataque nocturno de cerca y luego a tomar distancia, hacerlos que lo siguieran y se dispersaran, caza del cazador. Tenía casi listo el plan, cuando en la mañana del sexto día los nazis arribaron a un camino vecinal donde los estaban esperando dos automóviles y un camión. Subieron en ellos y se desvanecieron.

11 Interrupciones e irrupciones

1) Un hombre me acompaña cuando doy los paseos del atardecer por el jardín trasero. Camino bajo dos laureles en los que se ocultan al menos un millar de pájaros. Al tipo le deben haber dicho que no es conveniente que hable conmigo, porque nunca me ha dirigido la palabra. Quizá peco de rigorista y malpensado y simplemente se trata de un mudo.

En el patio trasero hay, en medio de los adoquines y la yerba, escondido en los altos muros, un pequeño nido de arañas. Contemplo sus evoluciones carentes de sentido para mí. Empieza a gustarme el silencio.

2) ¿Y Kowalski? Me pregunto. ¿Cómo estará de salud? Kowalski no existe, concluyo.

12 Por no saber bailar

Había decidido llamarlo Brüning, ése al fin y al cabo era el nombre que llevaba en el pasaporte; un pasaporte austríaco, previo a la anexión de Austria por los alemanes, refrendado por el consulado mexicano en Lisboa, con categoría de apátrida.

Y el hombre del traje color almendra, de mediana estatura, nariz afilada y rasgos finos, tan suaves que parecía un aristócrata de porcelana, Brüning, estaba bailando. Bailando danzón con una morena que de vez en cuando sacaba la pierna de la falda cortada como una herida, mandando un destello de la mejor lujuria. ¿A qué horas este güey había aprendido a bailar danzón?

El Poeta simulaba leer el diario de reajo acodado en la barra del salón Ventura, bebiéndose una cerveza maravillosamente helada. Cuando se dio cuenta ya era tarde. Brüning pasó a su lado y le sonrió, una sonrisa tierna, dulzona. Lo estaba marcando. La barra era enorme, no tan buena como la mayor barra de México, la del bar La Ballena, en Tijuana, que tenía 241 pies, pero espectacularmente decente.

Dos tipos se acercaron y se colocaron a su lado. Fermín se achicó. Por pendejo, por gozar el periódico, la barra y la cerveza.

—¿Qué se toman?

—Pagando tú, nada —dijo el más alto con voz ronca—. Aquí mi compadre quiere hacerle una pregunta.

—¿Nos conocemos, señores?

El segundo, un hombre picado de viruelas, escupía al hablar, espolvoreaba la saliva.

—Me dijeron que ayer lo habían visto bailando con Elena.

Brüning se movía lentamente buscando la puerta del salón. La orquesta comenzó a tocar «Magnolias». El Poeta trató de avanzar hacia la entrada, pero los dos hombres se le cruzaron.

—Lo siento, se han de haber confundido, porque yo no bailo. Nunca he bailado, no se me da el arte... ¿Cuál Elena, por cierto?

La mano del alto se le plantó en el pecho. El cacarizo le pescó la manga del brazo izquierdo inexistente y sacó una navaja de botón, que chasqueó al surgir la hoja.

La música seguía sonando, pero la navaja causó una cierta expectación y una media docena de bailarines interrumpieron la danza para observar. Una pareja pasó al lado de los tres, hombre y mujer mantuvieron el ritmo, pero sin despegarles la vista.

—No saben ustedes el lío en el que se están metiendo.

El cacarizo lanzó un navajazo de lado, el Poeta logró desviar el tajo que iba hacia las costillas con el periódico enrollado, pero no pudo impedir que la hoja rasgara el muslo, la sangre brotó escandalosa.

Los matones miraron complacidos al Poeta que retrocedía cojeando.

—Carajo —dijo mirándose la sangre que brotaba del tajo en el pantalón. Sacó del bolsillo trasero una pistola y sin transición disparó contra la pierna del cacarizo. Pierna contra pierna, justicia divina. El tiro hizo lo que la navaja no había logrado, dispersó a los bailarines y detuvo la música. El alto salió corriendo mientras su compañero se quejaba y retorció en el suelo. El Poeta retrocedió tropezando y de repente el equilibrio falló. Cuando caía soltó la pistola y se pescó del vestido negro y lleno de volantes de una de las mujeres rasgándolo. No pudo apreciar totalmente la pierna que se le mostraba completa y maravillosa, cubierta con una media negra y coronada con un liguero que le recordó el manto de un obispo, pero esa pierna ya la había visto antes en el baile. Pierna por pierna, por pierna, superjusticia divina.

13 Interrupciones e irrupciones

10) Escribir una novela es fundamentalmente un acto de impudor. Peinarse es también un acto de impudor, sobre todo porque se hace tendiendo a disimular la cicatriz que corre en el límite con el nacimiento del pelo. Pero peinarse es un acto de pudor menor, mientras que escribir es grave. Es enmascarar la realidad, es ocultar los miedos, reinventar las cosas que se dijeron, y sobre todo, a las personas que las dijeron.

Hay una cierta perversidad en escribir una novela, me digo. Es algo que no se puede hacer con un peine de carey. Quizá sea por eso por lo que en las noches me quitan la pluma estilográfica, no como ellos dicen para impedir que accidentalmente me la clave en la garganta (¡Qué absurdo! Lo más que eso produciría sería una ronquera permanente), sino para que no mate a alguien revelando la oscuridad de sus miedos, sus secretas pesadillas, sus orgullos malsanos, sus violaciones al honor, su falta de patria, de sentido común. Impiden que los lleve al ridículo profundo, el de los granos en el culo y las babeadas nocturnas.

Y desde luego, me dejan el peine, porque piensan que nadie puede matarse usando un peine de carey.

11) Por cierto, lector, me gustaría tener un funeral con mariachis.

14 Ciudadano por elección

Manterola observa, narra en su cabeza, describe en palabras lo que está viendo. Es un viejo ejercicio periodístico, verbalizar para recordar: una fila de policías montados, una mujer mirándose en el espejo del aparador de una bonetería, totalmente ajena a lo que sucede, un caballo que está cagando sobre la acera; comienza a llover.

Los que protestan sólo traen una pequeña pancarta: «En Alemania asesinan seres humanos, por el solo hecho de ser judíos». No son más de dos docenas. Reconoce a un grupo de escritores del Club Heinrich Heine cerca de los de la pancarta. Curioso, se dice, Kisch es judío, pero no practicante, y los demás, Bodo Uhse, Ludwig Renn y Anna Seghers, no lo son.

El núcleo de los protestantes silenciosos es un grupo de jóvenes. Todos traen en la solapa una estrella de David amarilla, el símbolo que los nazis obligan a portar a los judíos en la Europa ocupada.

Manterola observa las oficinas del pequeño palacete, más allá del jardín. En el interior de la embajada alemana hay movimiento, rostros que se asoman. Camina hasta el jefe del destacamento de la montada. Se presenta:

—Manterola, del *Popular*. ¿Cuáles son sus órdenes, sargento?

—Impedir que haya enfrentamientos. Si los de afuera tiran piedras los corro a sablazos, si los de adentro salen a golpearlos les parto la madre. Si van todos pacíficos, yo me voy sosiego —responde sin bajar la vista y con gran precisión.

—¿Y si los periodistas andamos por ahí?

—No, con la prensa nada, usted tranquilo. Ya se identificó.

Manterola se acerca a un par de jovencitos, rubios y pecosos, parecen hermanos. Reparten un volante en que se lee: «Centenares de miles de judíos deportados a Europa Oriental, detenidos en campos de concentración, donde se mata de hambre y se tortura».

Una mujer parada al lado de la pancarta lo llama con un gesto. Muy pocos mirones en la calle, quizá un automóvil que pasa de vez en cuando, apenas dos o tres periodistas. Ni siquiera está su fotógrafo.

La mujer le tiende una estrella amarilla. Manterola la contempla fascinado, finalmente se la prende en el pecho con un alfiler que la mujer le ofrece. Ella le habla en un idioma que no entiende. Manterola la mira con cariño. Comienza a llover. Unas enormes gotas mojan el pavimento.

—¿Es usted judío, señor? —pregunta uno de los adolescentes pecosos con acento de la ciudad de México.

—No. No sé. Quizá sea judío de una etnia nueva, de la séptima y perdida tribu de Israel, nací en Pachuca, una ciudad a la que no perdonan los vientos.

La mujer lo mira. Una mirada dulce, una sonrisa que no acaba de asomar a su boca y se queda sólo en los ojos.

—*Shalom*, bienvenido.

Cuando el periodista se retiraba siguiendo los andares rumbo-sos de una secretaria y huyendo de la lluvia, un adolescente que no tendría más de una docena de años, le puso en la mano una notita de papel y luego la apretó, en un saludo inesperadamente caluroso.

Manterola, acostumbrado a que la vida era una permanente conspiración, sacó su pañuelo del bolsillo del pantalón, y guardando hábilmente la nota en medio del astroso paliacate con un juego de los dedos, se secó con él un pringoso sudor que le empapaba el cuello. Ya leería más tarde el misterioso recado. Y frotó el sudor mientras sonreía, sacándole lustre a la cicatriz que tenía en el cuello, fruto de una negra experiencia pasada; porque no hay nada mejor que una buena historia, y animado metafóricamente por las nalgas de la secretaria que lo precedía y sin embargo carente de rumbo fijo, decidió que ahora tenía dos buenas historias.

Cuando una hora más tarde, en la soledad mañanera de la redacción del diario leyó la nota, no se sintió decepcionado: «Hay unas personas que quieren pedirle un favor muy importante. Se reunirán con usted próximamente. Por favor, atiéndalas en nombre de lo que está pasando». Desde luego la nota no estaba firmada.

15 Interrupciones e irrupciones

16) Esta ciudad me gusta, me apasiona. Adivinada más que vista. Tres años de reclusión, cinco, once, trescientos, han hecho que mi amor por ella crezca. No ver, obliga al grato ejercicio de adivinar. El amor crece en la ignorancia, en la intuición, en los falsos recuerdos, en la desmemoria.

No verla es una manera eficiente y precisa de verla. Nada es más exacto que los recuerdos si se alimentan con fantasía.

Es una ciudad inconclusa, ¿pero qué ciudad no lo es? ¿Qué ciudad que se precie de serlo no muestra sistemáticamente una cara interminada, una sensación de faltante en el registro?

Es por eso que me cuesta imaginar e inventar otras ciudades, porque sin quererlo, siempre vuelvo a la misma.

17) Tomás Wong era un excelente andarín cuando nos conocimos en los años veinte; cubría kilómetros de ciudad como quien da un paseo. Pero la marcha en China lo había convertido en el mejor de los caminantes. Paso seguro, afirmado, el cuerpo que apenas si reposa en el pie para no cansarlo, baile, desliz, flotar acaso. Todo el arte de caminar. Tenía unos pies que habían hecho millares de kilómetros, el gato de las mil leguas, dotado de botas voladoras.

16 ¿A poco el país no está muy raro?

El bar del hotel se encuentra en una agradable semipenumbra solitaria, no es un bar de tomadores de café y es muy temprano para bebedores y turistas despistados; un mesero dormilón controla el final de la barra. El Poeta está derrumbado en un sillón de cueros negros y ante una mesa achaparrada pensando en que la vida debería irse volviendo al paso de los años más simple, y no lo es. Se siente viejo y tiene miedo. Trata de ponerse en pie cuando el general Música llega, pero la pierna recién herida le hace trampas y cae de nuevo en el sillón.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Música solícito.

—Una reciente herida en la pierna. Una puñalada. Gajes del oficio. Lamento haberlo hecho esperar un día.

Música hizo un gesto cabeceando hacia el cielo y luego lo miró atentamente. No era como lo recordaba. En dos años había... ¿envejecido? El Poeta se había deteriorado. Seguía manco, pero su pelo rizado y muy negro estaba lleno de canas, se dolía evidentemente de la pierna y los ojos tenían un brillo enfermizo, de un hombre insomne aferrándose al despertar.

El mesero, alertado por la presencia del general, salió de su apatía apareciendo con un café.

Mientras Música revolvía parsimonioso el azúcar y olisqueaba el aroma, una costumbre de noches cuarteleras y de campamento, el Poeta le soltó en seco:

—¿Están pasando cosas extrañas, verdad, general?

—No lo parece si uno lee la prensa.

—La prensa, salvando dos o tres talentos y dos o tres buenas voluntades, mi general, es un desastre. Hasta hace unos días fueron filonazis, supuestamente por razones económicas, tenían maquinarias alemanas y papel sueco importado por alemanes, Dietrich repartió una buena cantidad de dinero en los periódicos. Durante la guerra de España eran enmascaradamente fran-

quistas, por llevarle la contraria al cardenismo y para jugar con los anunciantes gachupines. Ahora, con el viraje norteamericano y bajo presión de los grandes anunciantes, han ido a lamerle las botas a los Estados Unidos. Usted debe saber que Lanz Duret del *Universal* y Herrerías de *Novedades*, De Llano de *Excelsior* y Novaro de *La Prensa*, se entrevistaron con el gobierno norteamericano para pedirle préstamos, refacciones, maquinaria, papel, a cambio de su servilismo. Sólo la revista *Hoy* parece consecuente. Eran una mierda fascista antes y lo siguen siendo. Pagés estaba en la nómina de Dietrich y desde el 39 anda por ahí entrevistando dictadores de ultraderecha, ya tuvo a Hitler, a Mussolini, ahora le toca Hirohito. ¿Qué le cuento?

—No es muy grato el panorama.

El Poeta pidió con un gesto un nuevo café, señalando el de Múgica.

—Por su situación debe usted estar bien informado.

Fermín se rió, una media risilla, sarcástica.

—No sé cómo valora usted al actual gobierno, general, pero tengo la sensación de que el gobierno no quiere estar informado.

—Respecto a la guerra, a los nazis.

—En mi secretaría les gustaría decir: ¿Cuál guerra, cuáles nazis?

—¿Por razones, digamos, económicas?

—Me lo sospecho.

—Es una vergüenza —dijo Múgica moviendo la cabeza en un gesto muy suyo, como balanceándola.

El Poeta asintió. Bebieron en silencio sus cafés.

—¿Qué sabe usted de grupos de nazis en Chiapas? —preguntó de repente Múgica.

17 Interrupciones e irrupciones

6) Viernes, sopa de calabacitas.

7) ¿Qué veo a través del telescopio galileico de lentes zeiss de trescientos aumentos que me permiten tener en la celda?

Veó siempre un macizo de hortensias en un balcón. Debe ser un tercer piso. Es un macizo exuberante, que crece a lo largo de la primavera y se mantiene hasta bien avanzado el invierno. Poca cosa hay en el balcón además de las flores, una jaula que no tiene pájaros adentro y una silla rota que debe haber sido sacada para hacer espacio en el interior.

Veó frecuentemente las flores. A lo largo de los años he seguido su nacimiento, muerte y resurrección. He visto frecuentemente a la mujer que las cuida y protege.

La mujer sale al balcón con dos vasos de agua, muy temprano, casi con las inciertas luces del amanecer, y las riega. Suele vestir falda y cinturón, pero trae invariablemente los pechos al aire. Conozco sus pechos muy bien, gracias a las magias de la óptica sé de ellos, puntiagudos, levemente alzados, retadores. La mujer de pelo muy negro termina de regar y se acaricia los pechos en el aire libérrimo de las mañanas. Vive en una casa sin hombres y sin visitas. Sólo la veo en las mañanas y unos minutos en la noche, cuando enciende una luz antes de, supongo, ir a acostarse.

Yo cuido sus pechos como ella cuida las hortensias. ¿Será consciente de nuestros mutuos cuidados?

El ritual mañanero de la mujer no ritualiza mis días. A veces la contemplo, a veces dejo pasar jornadas sin visitarla. Las hortensias y ella seguirán allí.

18 Desilusas visiones de uno mismo

Fermín Valencia Taivo, llamado por todos el Poeta (incluso por sí mismo), aunque no hubiera publicado jamás un poema, repasó su vida a la incierta luz del atardecer. Era mucho mejor repasarla uno, que se la repasaran otros. Para revisar la vida no hay como uno mismo, debería decir una canción que algún día habría de componer y hacerlo famoso, darle muchísimo dinero al ser interpretada por Negrete y tener una versión en inglés de Cole Porter, el hombre que había escrito la mejor canción del mundo: *Beguín the beguine*, volver a empezar. El lema sagrado del Poeta.

La comprobación se iniciaba en el aspecto laboral: era un pésimo agente secreto. Todo el rato andaba haciéndose notar y si le metía más heridas a su pequeño cuerpo iba a quedarle torcida la sonrisa para siempre y el pelo parado, por más pomada de glostora que se aplicara; cargaba con dos esquirlas de la misma bala que por andar de villista y de rebote en un muro le dejó los pedacitos cerca del riñón, un brazo amputado muy cerquita del hombro por algo que los que se enteraron decían que fue un cañonazo, pasó la pinche bala y se llevó con ella el brazo en las afueras de la Ciudad Universitaria de Madrid, y ahora una navajeadada, eso sí, superficial, que si fuera dos centímetros a la izquierda lo deja como torero cogido en la famosa y mentada femoral. Total, era una pinche ruina que en días de lluvia rechinaba y en días de frío crujía.

Prosiguiendo, se dijo el Poeta, estado físico: nulo. Económico: un desastre. Un sueldo de mierda. Aunque... ¿Mental? Perfecto, se nota en el sentido del humor. Edad cincuenta y cinco, la tenebrosa, capicúa. Cinco más y a la mismísima verga se va uno. La mesmérica verga, se dijo saboreando la conjunción de las palabras. Uno lo llevó al otro:

Actividad creativa clandestina, silabeó en silencio Fermín. Ni siquiera pasar a la gloria bajo mi nombre. Aunque he logrado

llegar a las cimas de la provocación literaria. ¿Cuántos adolescentes se han sacudido las verijas gracias a mis encendidas y calenturientas prosas pornográficas?

El Poeta había cosechado un tremendo éxito editorial con *Los misterios de Lupe Reyes*, y a pesar de que su editor se negaba a pagarle mejor, sin duda había vendido más de su segundo libro, *La vida sexual de un benedictino*. Los libros habían aparecido firmados bajo los seudónimos de León Vaspatrás y del Doctor Leandro Voyivengo, supuesto rumano dedicado a la medicina de las enfermedades del sexo. El Poeta tenía ahora a sus alter ego trabajando en un par de nuevas novelas: *La vida erótica de un joven cristero* y *El boy scout maricón*, que prometían miserias intelectuales y largas ventas comerciales.

¿Si gastara ese dinero? Pero era claro que las reglas que se había fijado para vivir se lo impedían. Yo no soy rígido, soy medio cínico, soy procaz y putaño, se dijo. ¿Entonces por qué tanto pinche puritanismo en eso del dinero? Pero el dinero de las novelas quemaba de una manera extraña. Era ilícito, un poco amoral. O vaya usted a saber. El caso es que reposaba, sin ser nunca contado, en colchones y latas de café, escondrijos de esos que suelen olvidarse.

Preguntas van preguntas vienen. Tendido en el catre, a la hora en la que la luz se disuelve en el DF, en el patético desván pintado de verde limón y sin luz eléctrica, el Poeta sentía cómo los olores del copal y el incienso subían por la escalinata, no precisamente para animarlo y ayudarlo al resumen, pero sí para avisarle de sus compromisos. Le dolía la pierna. Se bajó los pantalones para ver la herida y aprovechó para contemplarse la flácida verga. Tres veces en un discurso. Terminaría escribiendo una novela pornográfica de carácter autobiográfico. Acabó por levantarse de la cama, más por la comida que por la compañía, y agradeció a la manquedad el que ya nunca tuviera, ni quisiera, ni pudiera, ponerse una corbata.

El Poeta era incapaz de vivir en soledad. O los campamentos o los amasiatos, pero nunca había tenido talento a la hora de elegir a las mujeres con las que compartía su vida; quizá, porque en la enorme mayoría de los casos las mujeres decidían por él a la hora de compartirlo. En este último año vivía con Marcela de Tula, una mujer que se proclamaba la representante etérea y karmática de una princesa azteca. Y vivía con ella porque Marcela le prestaba el cuarto del catre y las paredes verde limón, adoraba sus poemas verbales y tenía un lunar sobre el pubis que enlo-

quecía al Poeta y lo obligaba a reconocer que ése era el centro karmático del universo y de sus girondeos sexuales. Y además vivía con ella por huevón, por desidioso, por vago, por abandonado, por indolente, por indecente, malora y perezoso y porque la sirvienta de Marcela le planchaba la ropa.

Descendió las escaleras resuelto a no volver a someter su vida a resumen en los dos próximos siglos.

Marcela estaba vestida de mexicana que aparentaba ser condesa vienesa de antes de la guerra, a su vez disfrazada de la versión del imperio de Maximiliano de princesa azteca, decidió el Poeta al contemplarla tratando de ser preciso. Había una gran fuente de palomitas de maíz en medio de la sala para animar la sesión de espiritismo. Estaban en el cuarto, además de su vienesa azteca, los entes de la tribu que rondaba normalmente la casa: Melesio, el vendedor de periódicos, al que le habían colocado un tocado de caballero águila y vestía taparrabos; dos brujas del barrio de la Merced vestidas de negro y un tipo tocando la chirimía que parecía genuino azteca porque no hablaba. Y luego, desde luego, siempre luego, los invitados, esa curiosa runfla de inútiles que Marcela reclutaba en los salones de la renaciente y renovada sociedad posporfiriana, que comenzaba a levantar cabeza tras la intrusión efímera de los generales, hoy conversos del dios Lingo-te y del dios Centenario, y liberados al fin de lo que llamaban «la pachanga popular cardenista».

—Fermín, con esa mirada torva destruyes mi espiritualidad —le dijo Marcela, impidiéndole que se robara una canastilla de cacahuates.

—El espíritu no existe, sólo es una forma sutil de la materia, bueno, sutil a veces, en tu caso es bastante pedestre, pinche, di-
ríamos.

—Ay, cómo eres prosaico, Fermín.

El de la chirimía comenzó a sonar el aparato y Marcela y sus amigas las brujas a entonar un cántico ritual. Las luces se desvanecieron.

En una esquina del salón, una mujer absolutamente bella, despertó el interés del Poeta. Parecía estar tan aburrida como él de tantas zarandajas. Fermín se le acercó cautelosamente tratando de disimular el brazo desaparecido y la reciente cojera. Si ella lo descubría antes de que estuviera relativamente cerca y pudiera desplegar sus encantos, iba a pensar que era un limosnero.

La mujer, vestida con un entallado traje azul celeste, alzó la vista hacia el Poeta y le sonrió.

—¿Está usted fuera de lugar en estas sesiones de espiritismo azteca? —le preguntó.

—¿Fuma usted puros, verdad? —respondió ella, con un suave arrastrar de las erres indudablemente francófono.

—Cuando puedo pagármelos —dijo el Poeta sacando el último de sus supremos etiqueta cinco y ofreciéndoselo.

—No, fúmelo usted, basta con estar cerca del humo.

La mujer le quitó la caja de cerillas y encendió, lo cual fue un acto de amabilidad que el Poeta agradeció enormemente, porque eso de andar raspando los cerillos con las botas, oficio de manco, tiene estilo, pero sale bien una de cada tres, y cojeando como lo estaba haciendo, el promedio descendía patéticamente.

—Y entonces, ¿qué opina de la reencarnación?

—Yo nunca la he experimentado. Aunque si fui rata en otra vida, en ésta me lo está cobrando.

—Es usted racionalista, ¿somos los únicos racionalistas en este salón?

La mujer rió mostrando unos dientes blanquísimos, destellantes, en el rostro negro caoba, que el Poeta no podía dejar de definir como insultantemente perfecto.

—Quizá, caballero, pero mis razones son otras. Usted es un incrédulo. Yo creo en un par de cosas.

—¿Por ejemplo? —dijo el Poeta, mientras pensaba que la mujer no era caribea, era africana. Y esta certeza, obtenida quién sabe de qué extrañas intuiciones se confirmó cuando ella le dijo sin haber sido preguntada:

—De la costa del Senegal... Y creo en el mal.

—En eso creo yo también —dijo el Poeta, preguntándose cómo había descubierto la pregunta que apenas se le formaba en la mente.

—No, no. Creo en el mal absoluto. En esa fuerza que destruye, tortura, elimina paladeando el sufrimiento.

Los conjuros aztecas en la otra esquina de la sala subieron de volumen y una mujer comenzó a dar gritos histéricos.

El Poeta miró fijamente a la bellísima africana: peinada con gran sencillez, una raya lateral, a lo Veronica Lake, cubriendo levemente uno de los ojos, y permitiendo un velo de misterio que desmentían sus labios gruesos y sus ojos húmedos. Una adivinadora senegalesa que parecía actriz de Hollywood. «Caramba», se dijo el Poeta. «Si eres capaz de adivinar el pensamiento, dime por qué estoy en un estado tan lamentable.»

—Porque esas mismas fuerzas del mal de las que hablo se han

ensañado con usted. Hace años en España y hace unos días en un salón de baile. ¿No acaba de creermelo que puedo dialogar sin palabras? —rió de nuevo—. A mí también me gusta el cine. Yo también estuve en España.

—Si no le importa voy a tener que sentarme —dijo Fermín apoyándose en la pared. Era demasiado.

La mujer le cedió la silla. Al ponerse de pie resultaba unos buenos diez centímetros más alta que él.

Se miraron en silencio, el Poeta tratando de no pensar una pregunta. Pero la mente no es controlable y terminó formulando en su cabeza: ¿Qué es esta zarandaja del mal?

—Es el mal absoluto, ¡créame! —dijo la mujer sonriendo.

—Desde luego que la creo. Lo sé bien, amiga. Por eso fui a España, por eso tengo el trabajo de mierda que tengo.

La mujer lo miró profundamente moviendo el fleco para concentrar los dos ojos en el pálido rostro del Poeta. Fermín sintió que los ojos negros se hundían en su carne, lo comían. Supo entonces que no sólo eran los fusilamientos, los civiles hambreados, los barrios obreros quemados hasta el corazón de las piedras; que era más que la barbarie de la guerra dirigida por militaristas enfermos de poder, que los rumores que llegaban de la Europa ocupada por los nazis eran ciertos, que estaban produciéndose sacrificios humanos. No era una metáfora. Él, que había dicho siempre que el fascismo era el mal absoluto, sintió ahora, sin poder ponerle nombres, números, calles, rostros, que una viscosa ola de horror lo anegaba.

El impacto de la revelación lo zarandeó en la silla. Se apoyó en un librero sin libros sobre el que había un par de botellas de tequila. La mujer le tomó la mano.

—Usted puede entenderlo. Y además, se acerca. Están rondando. Cúfese.

El Poeta tuvo una nueva certeza.

—¿Usted, ustedes, están en México por eso, verdad?

—Lo siento. Yo estoy aquí por accidente. Nieta de esclavos, nacida en Senegal, quise probar suerte en Los Ángeles, la Meca donde peregrinan los que queremos hacer cine, pero sólo había papeles de sirvienta negra y tenía que hablar con acento norteamericano del sur. Terminé viajando a México y tropezando con estas malas vibraciones. Soy traductora del equipo de Soustelle, del Comité Francia Libre. Muy adecuado para una bruja, representar un país que no existe y que si existiera me devolvería a la esclavitud colonial.

—¿Y dónde aprendió ese español apenas sin acento?

—Mis erres aún chirrían —dijo, y parecía que fuera la suya la música de un sonsonete tropical que hacía que las vocales se agrandaran. La gangosidad de las erres y las huellas del francés se habían evaporado.

El Poeta giró la cabeza, se elevó de la silla y se deslizó por la sala para prenderse a una charola de copas de champagne que pasaba. Fue suficiente, cuando retornó con dos en la mano, la mujer había desaparecido, en cambio Marcela iniciaba un *strip-tease* de dudosas virtudes coreográficas en medio de una nube de copal. Fermín recorrió la casa, tocó las puertas de los baños y visitó la cocina, para confirmar que la mujer se había desvanecido. No había dejado ni siquiera su nombre.

El Poeta, desconsolado, aprovechó su paso por la trastienda culinaria para organizar un *raid* alimenticio, una *blietzkrieg* que lo dotó de dos muslos de pollo y un sándwich de cajeta.

Luego, al borde de las lágrimas por la pérdida, se fue al cine; era el único lugar donde podía dormir sin una ración previa de sexo, oral o platicado. Era el único lugar donde los fantasmas y la irracionalidad desaparecían.

Optó entre el cine Palacio Chino, donde ponían una película llamada *Regalo de reyes* con una dama de buen ver llamada Sara García, y una película norteamericana en el Teatro Olimpia llamada sugerentemente *Mariposas mancilladas*, por la cual se decidió y de la que no alcanzó a ver más que el título.